

Estas cuatro obras y otras dos más, no representadas aún. "The Song of Weavers", por Sherwood Anderson, y "On to California", por Lynn Riggs, están estrechamente emparentadas, por cuanto todas son variaciones sobre un mismo tema, a saber: la tragedia de la escasez, en una tierra de abundancia. Estas obras, primitivamente escritas con una intención de propaganda social, han logrado demostrar posteriormente que el radio tiene un alto valor cuando es manejado por mentalidades competentes. Además de las actividades de la CBS, la NBS ha comisionado a Maxwell Anderson para escribir tres piezas destinadas al micrófono y ha radiado, además, repertorios de Ibsen y O'Neill. Aun cuando las dos últimas no hayan sido originales, pertenecen al mismo tipo de radiodifusiones, así como también los programas de Shakespeare transmitidos por dos grandes radiodifusoras hace unos cuantos meses. Todas estas obras han venido afirmando la tendencia hacia un mejoramiento de la literatura del radio.

Cuando se sabe que diariamente son radiados en América 17,000 programas, señalar la existencia de una docena de obras, puede parecer ridículamente insignificante; pero sería un error desestimar su importancia por esa sola razón. Para cualquiera persona conocedora de las posibilidades del radio, he aquí los hechos importantes: que un poeta mayor ha encontrado ya en el radio un medio digno de él; que un grupo social de escritores conscientes ha encontrado que el radio puede considerarse más eficaz para sus propósitos que el teatro; que los dramaturgos que dirigen el teatro en Norteamérica se han aventurado con gusto por este campo aún no desbrozado. Todos estos, son acontecimientos que pueden ejercer vasta influencia, además de que señalan ya una nueva línea de conducta. No menos importante es el hecho de que el interés económico de estos escritores no haya sido defraudado, y que las empresas radiodifusoras hayan dispensado a los escritores una bienvenida que nadie hubiera previsto apenas hace dos años.

En todo caso, el movimiento en favor del ennoblecimiento de la literatura para el radio ha quedado suficientemente establecido y puede ahora seguir avanzando por sí propio. Hasta donde es posible juzgar, el radio ha abordado ya otro de sus puntos de transición. Sus transmisiones musicales son universalmente selectas, abundantes en cantidad y soberbias en calidad. Su contribución en los propósitos educativos y en la discusión de temas políticos, no pueden menos que merecer también un fervido elogio. El próximo y ya inevitable paso será poner fin a las obras mal adaptadas, a la intervención pueril de actores irresponsables, y a los diálogos triviales de un teatro ya caduco. Y es evidente que este paso ha sido dado ya.

(De *Theatre Arts Monthly*).

Una Entrevista con la Hermana de Debussy

Por EDMUND PENDLETON

ES un problema fascinador para los admiradores de la música de Claudio Debussy intentar reconstruir la atmósfera que rodeaba al gran compositor francés en su mocedad, entrevistando a algunos de sus amigos y discípulos de sus primeros años. La juventud de Debussy es tan significativa como su madurez.

Su lenguaje revolucionario puede percibirse ya en algunas de sus primeras composiciones, y sus compañeros de colegio a menudo han referido sus proezas de alumno. Muchos de sus compañeros, desgraciadamente, han muerto ya: Gabriel Pierné, renombrado compositor y pianista; Paul Vidal, célebre pedagogo, y Xavier Leroux. Todos ellos estuvieron con Debussy en Villa Medici en Roma. En muy pocos se da, sin embargo, el caso de la única hermana de Debussy, Adela, que habiendo sobrevivido a su hermano, aún sigue siendo de este mundo. ¡Qué bien podremos retocar nuestro retrato mental de Debussy mediante el contacto con un miembro viviente de su familia!

EN UN MODESTO SEXTO PISO

En un sexto piso, y en la boardilla de un viejo y austero edificio de una de esas anchas avenidas resplandecientes ahora con ultra modernos escaparates, cerca de *l'Etoile*, se encuentran las modestas habitaciones en que vive la señorita Debussy. Un anticuado ascensor hidráulico nos conduce hasta el quinto piso, y de allí, una escalera provista de un tapete amarillo, nos lleva hasta el umbral de una puerta. Del lado derecho de esta puerta cuelga el cordón de una campanilla.

Una tarde de julio se hizo sonar esa campanilla; una anciana señora se presentó entonces a la puerta.

—¿La señorita Debussy?

—Sí, ciertamente. Tómese usted la molestia de entrar, se lo ruego—fue su precisa respuesta.

Introduciendo al visitante en una sala-comedor, se encaminó hacia un comfortable sofá, colocado junto a una mesilla, puesta frente a una ventana de estilo francés que se hallaba a esta hora abierta de par en par. Destacándose sobre el cielo azul, las chimeneas de las casas y las distantes colinas, veíanse unas flores colocadas dentro de un jarrón de cristal y otras en una jardinera puesta sobre la mesa.

—Ha sido usted muy amable al concederme esta entrevista.

—Es lo más natural, pero—dijo modestamente como si ella por sí no tuviera ninguna importancia—temo mucho no poder decir nada nuevo acerca de mi hermano.

SEMBLANZA DE LA HERMANA

Ojos penetrantes, nariz ligeramente aguileña, y una graciosa sonrisa que se dibuja en sus labios en cuanto el panorama de los recuerdos se aviva por virtud de la conversación. El cabello gris, cuidadosamente rizado, ciñe su frente inclinada. Vestida de blanco y negro, lleva un listón blanco de seda alrededor del cuello y dos perlas pequeñas en los lóbulos de sus orejas.

—Si se me pregunta sobre la infancia de Claudio—dice la señorita Debussy—he de confesar que sé poco de ella. Nací once años después, *tiens!*, mañana, 23 de julio, cumpliré 74 años. Siendo todavía niña, fui llevada a Cannes y educada por mi tía, pues mi madre no tuvo tiempo de hacerlo por las atenciones que le exigían sus cinco hijos. Volví a París a los 18 años y me dediqué al comercio de modas y sombreros. ¡Oh, qué arte el de esa época; no se podía entonces poner cualquier cosa sobre las cabezas o cubrir la mitad de las caras con cualquier diseño geométrico estafalario y llamarle *a eso*... un sombrero!

EN LA FAMILIA CON UN MUSICO BASTA

—Me habría gustado estudiar canto. Claudio decía que mi voz tenía posibilidades, pero mi madre no quería oír hablar de eso. No aceptaba el teatro como carrera y además pensaba que un músico en la familia era ya bastante. Por lo tanto, tuve que convertirme en una mujer de negocios y, más tarde, estuve dos años en Alemania para ejercer mi profesión.

La señorita Debussy fue el segundo hijo de la familia; nació en la misma curiosa casita de la Rue au Pan en Sant-Germain-en-Laye que ostenta actualmente placas conmemorativas en honor de Claudio-Aquiles. Hubo tres hijos más. De los dos que sobrevivieron a Claudio, uno se dedicó a los negocios, y el otro se hizo agricultor en el Sur de Francia. El más joven, Eugenio, que, según la señorita Debussy era el vivo retrato de Claudio y que mostró un talento musical enorme, murió repentinamente en su niñez.

Ningún retrato de Claudio Debussy cuelga de la pared, no se ve tampoco en esta sala ningún instrumento musical.

Pero, a preguntas que le hice yo poco después, la señorita Debussy trajo un programa ilustrado

del festival musical efectuado en ocasión del descubrimiento del monumento a Debussy, en el Bosque de Boulogne. Señalando una fotografía de Claudio-Aquiles cuando niño, manejando un triciclo, la señorita Debussy dijo:

—Esta foto era mía, pero la obsequié como recuerdo al Conservatorio de Claudio Debussy en Saint-Germain.

NO ESTA Satisfecha DE LOS MONUMENTOS

La señorita Debussy no parece estar muy contenta con los varios monumentos erigidos en memoria de su hermano. Describe el del Bosque de Boulogne como de aspecto pobre y expresa su pena porque la encantadora y femenil figura colocada en Saint-Germain, que lleva la inscripción: "A la memoria de Claude Debussy", no dé ninguna impresión clara del compositor.

—¡Toscanini, ése es el hombre que sabe interpretar la música de mi hermano!—observa señalando una fotografía del célebre director. Pero cuando le pregunto si le gusta Ingelbrecht, cuyas interpretaciones de Pélleas y Melisanda en la Ópera Cómica han sido notables por su delicadeza y cuidado, la señorita Debussy da muestra de cálida aprobación.

—Nadie ha desplazado a Mary Garden en el papel de Melisanda—dijo.

Aunque ya no puede mostrarse tan activa en lo físico como lo es todavía mentalmente, la señorita Debussy ha visitado la presente exposición de París varias veces y gusta de compararla con las de 1889, 1900, 1924 y con las recientes exposiciones Colonial y de Bruselas.

Confiesa ser fanática del cine y frecuenta los dos salones que están a tres minutos de su puerta. Admira incondicionalmente a William Powell.

—Es tan caballeroso en todos sus papeles—dice—y Harry Baur—es tan feo, pero qué admirable artista es!...

—Según esto, ¿toca usted el órgano?—inquirió la señorita Debussy cuando la conversación había tornado a caer sobre la música.

—Recuerdo haber asistido no hace mucho a una ceremonia nupcial en la Catedral Episcopal. ¡Cuántas flores y qué hermosas! En esa iglesia que ve usted enfrente se celebran también espléndidos matrimonios, a veces, con hermosa música. Uno de mis vecinos hubiera querido casar a su hija... una esbelta y hermosa muchacha. Era, sin embargo, un tanto orgullosa... a sus veinte años. Ahora que tiene treinta, y que ha engordado... es ya demasiado tarde. Pero quizá sea mejor... Aquí me tiene usted, una vieja ama de casa—y no lo paso tan mal.

(De *Musical America*.—New York).